

recitar de cabo á rabo un documento (cédula real ó algo por el estilo) contenido en la *Relación histórica* del Nuevo Santander, por Fr. Vicente de Santa María.

— ¡Qué retentiva tan asombrosa! exclamó Iglesias.

— ¡Colosal! dijo Prieto acomodándose los anteojos y admirado — él que nunca había sabido nada — de que alguien supiera tanto.

— Pero ustedes ya han puesto á prueba, dijo Gonzalitos, la memoria de este pobre médico de pueblo; ahora me voy á permitir hacer algunas preguntas á las lumbresas mexicanas.

— ¡Por Dios, que á mí nada me pregunte! exclamó Guillermo denegando con la cabeza, los anteojos y la barba. Aquí á Pepe...

— ¿Mi señor don José María? Sí, ya sé que le da quince y raya á este memorista chambón. Dígame, si me hace favor, algo de Mohamed XIV.

Explicó Iglesias lo que preguntaban y aun citó libro y página, y en seguida, á petición de Gonzalitos, dijo algunas escenas de una comedia de Bretón, el texto de una ley de partida, un artículo de Zarco, un discurso de Berryer y un texto de Cooper.

El auditorio estaba asombrado; pero como para dar fin á aquel fuego graneado en que no podía tomar parte, Guillermo preguntó:

— Gonzalitos, ¿es cierto que ha sido usted nombrado

miembro de esa orden de Guadalupe, que acaba de establecer en México don Maximiliano el intruso?

— ¡Calle, hombre, calle! sí que es cierto; pero más hubiera agradecido que este nieto de Carlos V me hubiera mandado siquiera unos diez pesos para mi hospital. Las condecoraciones son buenas para quien las pretende. Prefiero tener atole para mis enfermos mejor que llevar al pecho la tal crucecita. Jamás me la pondré.

Se rieron todos de la ingenuidad del doctor, y como había trazas de que continuaran los toros históricos y geográficos, los mirones se arrellanaron en sus sillones, con sus vasos de gaseosa

bien empuñados. De repente llegó una pobre mujer, que dijo dirigiéndose al doctor:

— ¡Señor, mi enferma sigue peor!

— ¿Peor? Pues voy á verla en seguida.

— ¿Cómo? ¿Se va usted?

— Sí, criatura, voy á ver á la hermana de esta bendita



D. J. ELEUTERIO GONZÁLEZ

mujer: está con un flujo que da horror... Ya ve usted, esta mañana fui á recetar á la esposa de Juárez, del Presidente de la República; ahora me toca esta desgraciada...

Y luego, dirigiéndose á la llorosa mujeruca:

— Espérame allá, que no me tardo un minuto... Pero no, aguárdate, que voy á darte una medicina para que se la apliques en seguida: son unas cucharadas, cosa buena, que la aliviarán en seguida; una cada hora...

— ¡Pero si no tenemos reloj, señor Gonzalitos!

— Ni han de saber consultarle.

— Sí, señor, eso sí, que no siempre hemos estado tan dejadas de la mano de Dios.

— Pues entonces, toma el mío.

Y el viejo reloj de plata de Gonzalitos pasó á las manos de la pobre, como si hubiera sido un bicho vivo cuya respiración se escuchara acompasadamente, y también pasó algo que produjo el sonido del dinero, uno de los que primeramente aprende á conocer la criatura humana.

— Allá voy, hija; voy pisándote los talones. Hasta la vista, señores.

— Adiós, Gonzalitos, contestaron todos en coro.

V

— ¡Curioso tipo este de Gonzalitos! dijo Prieto.

— ¡Y qué mérito tiene! confirmó Iglesias.

— Jamás cobra nada á las gentes que cura, pobres ó ricos, exclamó uno.

— Y siempre da cuanto le cae á la mano.

— Dedicar todo su tiempo á la caridad.

— Y á la enseñanza.

— Y á promover la unión.

— Es el médico de los pobres.

— Y de los ricos.

— Es el personaje más popular de Monterrey.

— Es un santo.

— ¿Y no saben ustedes su historia? preguntó el dueño de la farmacia.

— ¡Terrible historia!

— Cuéntela usted, dijeron los mexicanos.

— Se puede contar; se puede contar porque no tiene nada que no sea limpio y honrado... por parte de Gonzalitos. Gonzalitos se casó el año cuarenta y tantos. Ustedes deben de conocer á su mujer; fué aquella doña Carmen...

— ¡Ah, sí, la hermana de doña Melchora!

— La querida de Arista.

— Por allí le vino el daño. Cuando el virtuoso Arista anduvo por aquí en cuarenta y seis, se prendó locamente de doña Carmen: todo Monterrey lo sabía, pero Gonzalitos lo ignoraba completamente. Un día salió don Eleuterio á sus faenas diarias; pero apenas llevaba andadas unas cuabras cuando advirtió que había olvidado un instru-

mento de cirugía; se volvió para tomarle, entró á la casa, y al empujar las hojas de la puerta de la cerrada alcoba, vió abiertas de par en par las del libro en que estaba escrita su deshonra... González fingió no ver nada; tomó lo que buscaba, salió á la calle y desde allá mandó por su cama, por sus instrumentos y por sus libros: la mujer y su amante quedaron libres y dueños del campo... Arista se llevó de Monterrey á su cayo, y años después, una noche que Gonzalitos se encontraba en su casa, descansando de sus eternas tareas de hacer bien y aportar consuelo á los desgraciados, oyó que tocaban á su puerta, cosa que sucede una noche sí y otra también. Se levantó, le dijeron que había un enfermo grave en un lugar cercano á la ciudad, montó en el caballo que estaba preparado y emprendió el camino... En una chocita de los suburbios se hallaba herido gravemente el mismo Arista, su deshonrador, su enemigo, el que le había quitado lo único que poseía... Gonzalitos no pensó en matarle, ni en vengarse, ni en causarle daño ninguno: le curó lo mejor que supo, volvió dos ó tres veces hasta que dejó cicatrizada la herida que tenía el infame y se volvió á su casa más tranquilo de espíritu, más sereno, más igual de ánimo que había estado nunca... Años después, muerto Arista, la mujer procuró reconciliarse con Gonzalitos; pero él permaneció sordo é inexorable: no contestó una carta, no recibió á un comisionado, no quiso oír hablar más de la bribona...

Ahora, vive dedicado á querer á sus amigos y á sus discípulos y á hacer el bien á todo el mundo...

Alguien refirió las asechanzas que Arista había puesto á su salvador y el cristiano desprecio de Gonzalitos para su enemigo. Y cuando empezaba á pardear la tarde y á refrescar el tiempo, todos se retiraron á tomar aire á los asientos de la plaza.

VI

Vidaurri estuvo en lo justo cuando aseguró que Juárez no padecería riesgos entre los neoleonenses. ¡Qué riesgos iba á tener, si todo el mundo le adoraba! Salía del palacio todas las tardes, acompañado de sus dos ministros, Iglesias y Lerdo, tomaba las calles que hoy llaman de Escobedo y del doctor Mier hasta llegar al paseo de la Purísima, y allí permanecía un buen rato departiendo con sus amigos y hablando al parecer de cosas indiferentes. Los que se creían bien informados aseguraban que en esos paseos se discutían las notas que se mandaban al único gobierno que sabía hubiera gobierno republicano en México, al gobierno americano; que en esos paseos se discutían las notabilísimas *Revistas* de Iglesias y que en ellos se trataban muchas cosas relacionadas con nuestra situación. Así sería, pero lo probable es que esas juntas hayan sido exclusivamente amistosas, destinadas á dar

esparcimiento á los ánimos de quien tan abatidos debían de tenerles.

Y tanto más natural es creer que Juárez acudiera á los consuelos de la amistad, cuanto que acababa de enviar á su familia rumbo á la frontera, para hacerla llegar á los Estados Unidos. Fueron con ella el general don Pedro Hinojosa, que á tiempo había comprendido lo mal que había hecho uniéndose á Vidaurri, y el coronel don Jesús de la Garza, que mandaba una escolta que llevó á los emigrados con toda felicidad hasta el punto de su destino.

Prieto solía acompañar á los triunviros, y un día que se recibió un pliego urgente, Brambila se acercó al grupo y entregó el papel á su jefe. Le pasó éste al Presidente, y apenas le leyó cuando dijo sin inmutarse:

— Tenías razón; está muy cerca y hay que andar con prisa. Mañana salimos; á las tres de la tarde estaremos en camino.

— ¿Y si la acometida se apresura?

— No podemos salir antes.

¿Qué salida era aquella? No podía preguntarlo Brambila; pero no había caminado diez pasos cuando el primer conocido á quien encontró, — ya lo era todo el mundo, — le dijo con aire de misterio:

— ¿Conque tenemos bola?

— ¿Bola? No sé nada.

— Sí, hombre, no se haga de nuevas; Vidaurri y Qui-

roga están aquí, á unas cuantas leguas, traen tres mil hombres y es más que seguro que harán salir á don Benito.

— Tal vez.

— Lo va á ver.

Y en efecto, entre la gente ya se rugía que don Santiago y su segundo se acercaban á Monterrey, no se sabía si como amigos ó como enemigos del francés, aunque hacían presagiar lo primero unos papeles que los jinetes de Quiroga habían fijado en los suburbios del lugar.

Sin embargo, no todo era cierto en los tales rumores, pues el *Cíbolo* esperaba en Texas, pacientemente y sin que al parecer le importara gran cosa lo que pasaba en su metrópoli, que su teniente y fautor echara á Juárez para poder entrar él en posesión de la tajada.

El quince de Agosto amaneció nebuloso y aborregado, sin que las nubes se abrieran para más que dejar pasar rayitos de aquel sol legañoso, rayitos que á poco se convertían en lluvia de chipi chipi que enlodaba el piso y encerraba á las gentes en su casa. Desde muy temprano empezaron á oirse tiros en las afueras, tiros que por cierto ponían en grande alarma al jefe Prieto, que en verdad no cultivaba la baladronada ni la ronca.

— ¡Pepito, Pepito, decía á Iglesias, aquí va á haber alguna sonada! Este bruto de Quiroga nos coge, nos aprieta el pescuezo y se queda tan fresco. Hay que salir á toda prisa.

— Ya sabes, respondía Iglesias con su tranquilo estoicismo, que el señor Presidente señaló para la salida el día de hoy á las tres de la tarde.

— Ya lo sé; pero tú no ignoras, Pepe de mi alma, que el que da la ley puede abrogarla, derogarla, modificarla y no acordarse más de ella. ¿Qué trabajo te costaría á ti, que eres tan justamente mimado de Juárez, acercarte y decirle con esa labia y con esa elocuencia que Dios te ha dado: «señor, vámonos; vámonos, señor, que si no, nos matan estos salvajes»?

— ¡Pero te desconozco, Guillermo; por Dios que te desconozco! ¿Eres tú el que impidió el sacrificio de Juárez perorando á la soldadesca furiosa? ¿Eres tú el salvador de la Reforma, el que con su presencia de ánimo dejó maravillados á los mismos militares? O el autor de la naturaleza padece ó el mundo se acaba.

— No, Pepe mío, no, Pepe de mi alma; soy el mismo, no me han cambiado por otro; pero, hijo, tú, que sabes tanta psicología y tanta lógica y tantísimas cosas divinas y humanas, debes de saber también la causa de que yo que me crezco y peroro y causo asombro delante de las gentes, cuando sé que hay quien me oiga; á solas, sin espectadores y sin claqué, me siento empequeñecido, acoquinado, sin fuerzas para levantar un dedo.

— Pues para tu gobierno te aviso que hoy por la mañana fueron á hablarle al Presidente Manuel Z. Gómez y

Benítez Pinillos pidiéndole por todos los santos del cielo que se pusiera en camino y les dejara á ellos dentro de la plaza. Esos buenos patriotas hacían observar que si caían en poder de los facciosos la persona de Juárez y su ministerio...

— Eso, eso.

— Se malograría toda la defensa nacional y quedaríamos sin bandera...

— *Axcán...*

— Pues el tal Quiroga es capaz de cualquier barbaridad.

— Lo que yo venía diciendo. ¿Y qué contestó don Benito?

— Enseñó su reloj, que señalaba las nueve de la mañana; y estando citada la salida para las tres de la tarde...

— ¿Y qué objeto tiene eso?

— Demostrar que el Gobierno se retira de Monterrey porque así conviene á los intereses públicos, no porque le echen unos cuantos facciosos.

— ¿Y sabe quién es Quiroga?



D. JULIÁN QUIROGA

— ¿Que si lo sabe? Sabe que es el hombre más cruel de los muchos crudelísimos que andan ahora con las armas en la mano.

— Junto á él Márquez es un niño de teta.

— Sabe que fusila á los soldados que se cansan.

— Y á las galletas que siguen á sus hombres.

— Sabe que mató á un hijo suyo porque no cumplió escrupulosamente una orden que recibió.

— Cuelga á los hombres vivos, cabeza abajo, en los árboles de montes aislados, y allí les deja para que se mueran de hambre y de fatiga.

— En una ocasión trató de matar á Domingo Martínez porque resistió á una orden suya.

— Fué menester que Garza García le defendiera para que el atentado no se consumara... ¿Y qué dice Juárez?

— Enseña el reloj para probar que todavía no es la hora señalada.

A la una las calles de Monterrey eran un maremágnum: gritos, confusión, azoramiento, gente asomada á las ventanas, jinetes de blusa roja recorriendo las calles en caballitos lustrosos, con el rifle á la bandolera y sacando chispas del empedrado; carruajes que parecían viejos señorones gordos y reverenciosos, atravesando las calles con el movimiento de sus sopandas de cuero; oficiales con uniforme dando disposiciones á voz en grito;

perros chillones, soldaderas cargadas de ollas y de jaulas, y muchachas y viejas y bobos...

Cerca de las tres había una inmensa aglomeración de gentes por el Palacio que habitaba Juárez. Al principiar la calle aparecieron cosa de veinte montados, y el pánico se extendió en un momento: el cerrar de puertas que parecía cañonazos, el grito de «no corran que son pocos», los silbidos de la muchedumbre y los tiros que empezaban á disparar los de á caballo, pusieron espanto en el ánimo de los mirones y les hicieron marchar más que de prisa.

En esos momentos aparecieron los coches poco á poco, uno con mulas blancas, en que se sabía iba Juárez, otro con tiro alazán, dos cargados hasta los topes con papeles y equipajes, y á caballo muchos empleados, algunos oficiales y unos cuantos ordenanzas. Los de Quiroga se acercaron con más furia, engrosaron su número en un decir Jesús é hicieron fuego sin ton ni son. Las balas pasaban silbando cerca de los carruajes, rozaban los pencos, herían á alguno de los rezagados y la comitiva seguía á su paso, como si legalmente no debiera darse cuenta de aquel desafuero.

Brambila, que era de los de á caballo, sentía ya que una de aquellas balas cónicas, especialidad fronteriza, entraba, le taladraba la piel y le dejaba en el sitio; pero cuando iba más espantado vió venir á toda rienda un

grupo de soldados que rodeó los carruajes, mientras el resto seguía la calle dispuesto á escarmentar á la canalla. Era la Guardia de Supremos Poderes, que mandaba Meoqui, y que alejó por un buen trecho á los vidaurristas.

Esa noche durmieron en Santa Catarina, y el diez y seis, cuando aún no salía el sol, se oyeron más tiros, hubo otra alarma, y fué menester que salieran los de la escolta á alejar á los enemigos, lo cual consiguieron con sumo trabajo.

